



Revista de orientación católica

Seminario Interdiocesano Caracas.  
Apartado 413.

Año 1 — Número 9 — Tomo 1 — Noviembre, 1938

## Hacer!

Vivimos en Venezuela una hora de quietud providencial. A la explosión popular, bien previsible a la caída de Gómez, —disparo incoercible de pitón en una marmita reprimida durante largos decenios— ha sucedido una gradual y progresiva pacificación del ambiente social.

Sería ingenuo hablar —a lo Marcefino Domingo— de que nos hallamos en el mejor de los mundos y llegando a la pacificación de los espíritus. La pacificación de los espíritus está fejana. No se han apagado los odios y rencores que provocara un largo periodo de opresión y favoritismo arbitrario. Y, en cambio, se han avivado otros rencores, hijos de indudables injusticias sociales, heredadas de la colonia o engendradas por el egoísta liberalismo individual, y atizadas hoy, con habilidad indiscutible y fatal, por los agitadores sociales.

Pero es también indudable que vivimos un nuevo periodo de calma aparente o real.

Al nerviosismo de la convulsión que siguió a la dictadura —nerviosismo que tenía muchos puntos de semejanza con el estado agónico de anarquía que precedió al estallido de la guerra civil española— diríase que ha sucedido un marasmo social, del que es índice la apatía del pueblo venezolano ante las últimas elecciones, casi generales.

¿Apatía? ¿Marasmo? ¿O más bien serenidad engañosa y fatal?

Entre nosotros son muchos los hombres que no admiten más que un método de combatir la acción nefasta de una doctrina subversiva. La represión.

Tranquilidad viene de tranca —repiten enfáticamente, con un simplismo apodíptico e infantil. Sin reparar, al parecer, que la tranca no es un instrumento exclusivo de los hombres de orden, y puede ser manejada lo mismo por un policía que por un bandido.

La represión es necesaria en determinadas ocasiones. Puede significar además la aplicación de una ley, y la ley debe cumplirse.

Pero es un remedio incompleto, momentáneo y preliminar.

Incompleto: porque rara vez alcanza a todos los verdaderos culpables. Los más hábiles, los verdaderos motores del desorden logran esquivar, las más de las veces, el peso de la represión. Además con frecuencia sólo alcanza a desviar a otros el mal que se impide en un sector.

Momentáneo: la cárcel y el destierro no impiden la propaganda. La amenguan. Pero al propio tiempo aureolan con el prestigio, siempre popular, de la persecución a muchos valores insignificantes.

Preliminar: la represión es una forzosa intervención quirúrgica preparatoria al que debe seguir una sabia reconstitución orgánica.

Es decir, una acción positiva.

Pero acción positiva supone trabajo; y el trabajo, la virtud de la diligencia.

Es viejo achaque de las clases conservadoras, en goce pacífico de sus comodidades, la inercia ante todo peligro que no sea de inminencia palpable.

En Venezuela los hombres de orden, los católicos en concreto, gozamos de una paz momentánea y providencial.

Es la hora de h a c e r.

El comunismo está fuera de ley; los más subversivos líderes populares están reducidos al destierro o a la propaganda clandestina. No basta levantar el grito contra el Gobierno cada vez que la aplicación de estas medidas de represión, absolutamente necesarias, se desvirtúan.

¿Qué hacemos de positivo? La Acción Católica en general y la acción católico-social en particular no tiene óbices legales.

Dónde están nuestros sindicatos? nuestras cajas de ahorro? nuestros círculos de estudio? nuestras campañas yocistas? nuestras exposiciones populares de las encíclicas sociales? nuestras publicaciones de propaganda?

Del enemigo el consejo. A la caída de Gómez, algunos de los muchos expatriados políticos, formados en el forzoso destierro en los modernísimos métodos de la III Internacional, iniciaron en nuestra Patria una maravillosa propaganda. ¿Cuál fué su primera preocupación? La formación de gremios, la organización sindical de las masas obreras. En este mismo número de SJC nos hacemos eco del último Congreso Mexicano organizado por Lombardo Toledano. ¿Cuál es su decisión fundamental? La agremiación comunista de las masas hispano-americanas.

¿Nosotros? Dormimos sobre un volcán. Nos discutimos tal vez el momentáneo goce de puestos lucrativos, o en todo caso alzamos la voz para zaherir con gracia las debilidades del Gobierno en la represión de los enemigos de la Sociedad y de la Patria.

Volverán los líderes de ayer, con el prestigio de la represión de hoy. Volverán infaliblemente a organizar con actividad, técnica y esfuerzo coartado las masas que nosotros olvidamos o tal vez despreciamos hoy.

Y darán al obrero unas cuantas migajas de reivindicaciones sociales, que sólo nosotros los católicos pudiéramos dárselos con plenitud, para exigirle el tributo de su voto popular y la más sumisa obediencia para la revolución social marxista.

Vivimos dormidos sin reflexionar sobre la trascendencia de la quietud providencial que gozamos. Dormimos incautamente desprevenidos. Cuando llegue la tormenta tal vez sea ya tarde para el trabajo.

Es muy fácil discutir bellamente, quejarse ingeniosamente, protestar pomposamente. Pero no basta.

Es menester hacer, realizar; y realizar en el orden social-católico conquistando a las masas, no con espejismos de promesas, sino con realidades palpables.

H a c e r .